DE PREDICACIÓN

I. P. Florentino Ogara, S. I. — P. Mariano Costa, H. C. I.
II. Dr. D. Luis Calpena, Pbro.
III. P. Francisco J. Campaña, escolapio.

I

Ni la poesía, ni la novela, ni el artículo periodístico, ya ligero, ya intencionado, ni la historia misma se merecen más estudio que la palabra hablada cuando se emplea en triturar errores, deshacer hielos, vencer resistencias, convencer, persuadir. Demóstenes y Cicerón y Quintiliano apuraron su caudal para enaltecer la elocuencia. Pues ¿qué decir de la que trabaja por cimentar en el mundo el reino de Dios, en elevar las almas á la fe y vida sobrenatural?

Ni por su fin ni por su materia elocuencia alguna aventaja á la elocuencia sagrada, ni es más acreedora á una diligencia exquisita. Porque aunque es mucha verdad ser su fin divino y sobrenatural, no lo es menos que en la dis-

tribución de las gracias se acomoda Dios al curso natural de las cosas. *Quomodo audient sine praedicante?* Enhorabuena sea la gracia como la chispa que corre llevando el movimiento á apartados continentes por el agua, por la tierra ó por el aire, siempre será el cable que la conduzca la palabra docta, suave, persuasiva del predicador.

Con razón causaba rubor á San Agustín, y nos lo debe causar á nosotros, que «los malos y los que intentan persuadir ficciones sepan insinuarse y apoderarse del ánimo de sus oyentes; narrar con brevedad, claridad y verisimilitud; impugnar la verdad con falaces argucias; defender sus errores con seductores sofismas; tocar los resortes todos del corazón atemorizando ó esperanzando, exhortando y moviendo, impeliendo ó retrayendo al auditorio como les place, y que los apóstoles de Dios predispongan desagradablemente á las primeras palabras, narren difusa, obscura é infelizmente; argumenten sin fortuna, refuten sin tino, quieran mover los afectos y muevan á tedio, aburrimiento, enfado y sopor á los que escuchan».

Y tanto más cuanto que son muchas las dificultades que á nuestro orador rodean: el auditorio, compuesto de amadores del siglo, «quienes, como dice el mismo San Agustín, cuando tienen prosperidad menosprecian como

fábulas seniles los avisos saludables, y cuando les aprietan las adversidades más procuran salir de donde se encuentran que tomar remedio para curarse, y así no se sabe cuándo la predicación les es oportuna»; el respeto debido al templo, que sella los labios de la oposición, guardando las negaciones en las almas; la pasividad del oyente, distraído muchas veces en pensamientos impertinentes; la repetición de los temas y la libertad en disponerlo, que es como plano inclinado que convida á toda rutina, superficialidad y vana ostentación; todo esto, digo, hace que el púlpito esté como erizado de escollos, aumentando el justo temor la trascendencia de los yerros en los oradores sagrados; pues mientras la vanidad ó afectación de un parlamentario es castigada por los murmullos y por el desvío, y la pedantería de un académico no pasa de ser una futesa risible, los mismos defectos en el púlpito aminoran la gloria de Dios, alejan al pueblo que más lo necesita y llegan á parecer un abuso sacrílego.

Otras dificultades brotan de la naturaleza misma de la predicación, que por una maravilla, que sólo se encuentra en las obras de la gracia, es toda de Dios y toda del hombre; de modo que de ella se puede decir con el gran Apóstol y predicador San Pablo: «Non ego solus, sed gratia Dei mecum.» Es obra de Dios, pero no sola; y es obra del hombre, pero

tampoco sin Dios; Dios da toda la eficacia, toda la fuerza, toda la maravillosa fuerza de la predicación, mas sin rechazar, antes por ley general proporcionando á los efectos sobrenaturales el efecto, los conatos, la actividad, las dotes naturales del orador.

Éste debe trabajar en estudiar, como si hubiera de estar solo; pero el efecto es de Dios, como si sólo de su mano omnipotente pendiera.

Razón tienen, pues, los que con modelos, con preceptos, con direcciones y con ejemplos se afanan por la elocuencia del templo.

Delante de todos van los Sumos Pontífices León XIII y Pío X, que, repitiendo las enseñanzas é inculcando los preceptos apostólicos y tradicionales, han dado instrucciones, han exhortado á los Prelados y predicadores: tras ellos van los Obispos y Pastores, procurando que lo mandado sea letra viva y eficaz y acomodándolo á circunstancias y necesidades de sus diócesis y diocesanos.

Pero todo esto vuela tan alto, que pasa cuanto toca nuestra modesta pluma.

Mas no deja de tener colaboradores obra tan capital en las esferas literarias, ya que por el misterio de su sér, literaria se puede llamar y se ha de llamar la predicación.

Colaboradores, digo, que ofrecen ejemplos; colaboradores que desentrañan preceptos; co-

laboradores que contribuyen con su propio caudal.

* * *

Ofrece ejemplos soberanos y primos el Padre Florentino Ogara, de la Compañía de Jesús, poniendo en lengua vulgar las Homilías de los Santos Padres, pues «teniendo á la vista tales modelos, será la oratoria sagrada ejercicio de un ministerio verdaderamente apostólico y no se manchará con los vicios de que adolecen otros muchos oradores contemporáneos» (1).

Se comienza, no por otras homilías, sino por las que salían de los labios de San Juan Crisóstomo.

Como Doctor, como Santo, como integérrimo atleta de la verdad, como columna férrea, contra quien se rompieron y desmenuzaron tiranos investidos de la mayor autoridad, la emperatriz Eudoxia y los obispos Teófilo y su impía cuadrilla; como Padre y defensor de su pueblo y de los pobres, aparece San Crisóstomo, ornada la frente de múltiple aureola; y todas ellas sirven para ilustrar su generosa, apostólica y persuasiva elocuencia. No fué San Crisóstomo un forjador de frases, ni un idólatra del éxito, ni un Cicerón cristiano, adorador, como él, de su propia exaltación y triunfo: fué

(1) Recomendación de esta obra por el Sr. Obispo de Guadix.

un varón de Dios, á quien Dios había dotado de la facundia más portentosa, y que la ponía entera á servicio de los intereses de Jesucristo. Si con algún pagano se le puede comparar, será con Demóstenes, por ser, como éste, genial, apasionado, impetuoso, verdaderamente torrencial.

* * *

Gran obra, pues, la del P. Ogara; pero no de menos valor es la del P. Mariano Costa, misionero Hijo del Corazón de María, que ha publicado un *Curso razonado y práctico* de Oratoria Sagrada, que por modestia llama ensayo, pero que indisputablemente sobresale entre las obras didácticas de su género.

Sencillez, claridad, concisión, originalidad, juicio, sensatez, son dotes que en todas las páginas del hermoso libro campean.

El carácter sobrenatural de la oratoria sagrada, los medios naturales de que el hombre en ella se ha de servir, la importancia del raciocinio teológico ó puramente lógico, la necesidad del adorno no profano ni rebuscado, la eficacia de las pasiones sentidas por el orador sacro é inculcadas en los pechos de los oyentes, los preceptos minuciosos de preceptiva profana, todo está allí tratado ó indicado: expuesto, si es interesante; insinuado, si no lo es; con

lo cual enseña al tirón orador á huir de las falsamente pías declamaciones de los que cubren su pereza con alardes de apostólicas maneras ó tapan y disimulan su mundano proceder con achaques de esmero y de arte.

Los ejemplos, tomados siempre de los Santos Padres ó Predicadores castellanos, realzan y dan original mérito á la obra, en la que, perdone la franqueza el docto autor, tropezamos con una dificultad: la ausencia de los ascéticos y místicos castellanos.

No hablo de ellos como modelos de oratoria, porque ya el autor confiesa llanamente que los omite por no tener sus obras forma de sermonarios, si bien respeta á los que estiman de otro modo. En verdad que merecen tal respeto, pues no menos oradores se muestran en sus escritos Granada, León, Rivadeneira, Nieremberg y Avila, que Santander, Troncoso y Sanz y Forés. Mas no he de insistir en esto.

Lo que extraño, y no atino á vislumbrar su por qué, es la omisión de los ascéticos españoles entre los lugares oratorios más á propósito para la predicación cristiana. Porque en este capítulo no milita lo de la forma de sermón, cuando el discreto autor nos habla además de la Escritura, de los libros de los teólogos y de la filosofía escolástica y de la misma historia. En todo caso, no creo aventurado afirmar que en los inmortales ascéticos españoles encontrará

el predicador sacro la materia dogmática y la moral, el magisterio de las virtudes y la exposición de los vicios sólidamente y á la española tratados, y no perderá nada con una forma, un estilo y un lenguaje que, por lo menos, se acerca muy mucho á los oratorios.

Al fin del libro se trata sin minuciosidad y con mucho tino la ardua cuestión de la declamación sacra, donde el P. Mariano Costa se revela, no sólo teorizante juicioso, sino orador práctico en los accidentes del púlpito. Con obra tal está de enhorabuena la predicación española y el clero regular, hoy tan calumniado en nuestra pobre España.

II

Dos afamados oradores, que hacen continuamente campañas de predicación en los púlpitos de la Corte, han ofrecido en impreso sus trabajos y sus ejemplos: el uno más didáctico, el otro más artístico; son D. Luis Calpena y el escolapio P. Francisco Jiménez Campaña.

Don Luis Calpena en poco más de un año ha contribuído con tres obras. Las *Conferencias y Sermones* aparecieron primero, luego la *Cuaresma*, y por fin la *Semana Santa*.

Su cuaresmal contiene cinco homilías y cinco

planes para sermones. Jesucristo luchando en el desierto con su enemigo Satanás; Jesucristo coronándose por Rey en el Tabor; Jesucristo librando á un endemoniado de la servidumbre de Satanás; Jesucristo alimentando maravillosamente á su pueblo, y Jesucristo afrontando el ejército de sus contrarios como preludio á la suprema batalla de la Pasión, forman las proposiciones de las primeras, unidas bajo el amplio título de JESUCRISTO REY. El orador no se ciñe á desentrañar estas proposiciones y presentar en ellas, como sin duda pudo, el sublime cuadro de la Redención y santificación del mundo. Dejándose llevar de la narración evangélica, la expone, añadiendo á tiempo algunas consideraciones atañederas á su asunto.

Los sermones son: del pecado, de la gracia, de la confesión, de la limosna y de la palabra divina, unidos fácilmente á los evangelios dominicales. En ellos se propuso con feliz éxito el autor acumular materiales para suplir la deficiencia de libros que sufre buena parte de los sacerdotes. Y, en efecto, la erudición sagrada, principal nervio de la elocuencia del púlpito, anda tan sobrada en los planes, que más que á la inopia y escasez han de temer los principiantes á que, usada sin meditación y parsimonia, recargue con citas los discursos.

El Dr. Calpena no sólo enseña en esta parte

de su libro, sino que da el ejemplo en las homilías. Sobresale en ellas la culta, fácil y pintoresca dicción, las ideas ingeniosas y oportunas, la ciencia sagrada y profana sobria y segura, y sin ser su palabra el *pugnatorius mucro* de que habló Séneca, mantiene el interés, y en ocasiones, como, v. gr., en las homilías tercera y cuarta, se enardece y hostiga felizmente el vicio y el error.

No es, en verdad, la homilía sencilla, género á que pertenecen las del Dr. Calpena, el más á propósito para que, confluyendo todo el discurso á un punto, produzca un efecto muy duradero. Sugiriéndole una y otra idea, ya el sentido literal, ya el acomodaticio, agrada é ilustra el discurso, sin reinar sobre el oyente y avasallarlo.

Victorias tales las obtienen el sermón exhortativo y, no raras veces, el polémico, y ambos no solos, sino con la gracia de Dios y con aquel sagrado fuego que se concibe en la oración, «único hogar, nota muy bien el Sr. Calpena, donde se caldea el espíritu», que, como advierte Granada, «el predicador, ha de comprender cuánto debe adelantar este negocio más con oraciones que con sermones, más con lágrimas que con letras, más con lamentos que con palabras, más con ejemplos de virtudes que con reglas de retóricos.»

III

Panegíricos y discursos se intitula la otra obra de elocuencia sagrada, original del afamado orador escolapio R. P. Jiménez Campaña. El título parece indicar absoluta separación entre los panegíricos y los discursos, mas no hay que entenderla con escrupuloso rigor, pues entre los últimos van tres sermones sobre la toma de Granada, otro sobre el voto de la ciudad de Granada á Nuestra Señora de las Angustias, y una oración fúnebre á las víctimas del Dos de Mayo, que son oraciones laudatorias en realidad. Sólo el carácter cívico-religioso de las solemnidades en que se predicaron mueve al autor á ponerlos por separado de los otros catorce panegíricos puramente religiosos. Es, pues, un tomo de panegíricos.

Y á la verdad que el Sr. Jiménez Campaña da en el panegírico con el género más adecuado á su caudaloso y deslumbrador decir, y puede en él lozanear su fantasía poética, llamear su entusiasmo lírico y poetizar libremente su amena y colorista palabra. Porque sin ser el Sr. Jiménez Campaña el orador sagrado de robusta dialéctica, de acerada argumentación, de psicológico estudio, sin ser el Bourdaloue nervioso, ni el Bossuet profundo, ni el Granada inflamado y avasallador, es el orador encomiástico de opulenta dicción, de rumorosos períodos, de fraseología primaveral, de interminable amplificación. Sus panegíricos no son la anatomía de su héroe; no nos descubren los caminos de Dios con el Santo, ni las luchas que peleó, ni las coronas que se ciñó, sino que, haciendo hincapié en un rasgo característico, lo encomian, tejiéndole guirnalda de vistosísimas flores. Por eso, sin duda, son, á mi ver, los mejores de esta colección los tres sermones dedicados á la Reconquista de Granada. Se adivina el efecto mágico que producirían predicados en la gran basílica granadina, bajo los últimos ecos del «¡Granada, Granada, Granada por los Reyes Católicos!», pronunciado desde la Torre de la Vela.

* * *

Entre los panegíricos propiamente tales conserva huellas de exquisito esmero, de laudable entusiasmo, de filial amor, y puede darnos la medida del genio oratorio del P. Jiménez Campaña el predicado en la fiesta de su santo Padre y fundador San José de Calasanz.

Ábrese con un magnífico apóstrofe, oda lo llamaría yo, simpático por demás, en loor de su vocación, de su santa Madre, la Escuela Pía.

«¡Madre, sagrada Madre, en cuyos brazos sentí los primeros alientos de la vida del espíritu! ¡Madre, que me amparaste en tu seno, y en él me diste á beber la sangre de la virtud, que es la vida del alma! ¡Madre, que me abriste camino por los senderos de la ciencia; Madre, que conmigo partiste tu pan, ocultándome tus lágrimas y tus fatigas; Madre, que aun me llevas de la mano, luchando por mí contra la corriente de los vicios y de las pasiones: Madre, á quien yo consagré agradecido las ilusiones de la juventud y los deseos de la fama, sacrificando mis noches y mis días para enseñar á los niños, de quien eres maestra, el santo temor de Dios; Madre, sagrada madre Escuela Pía, por quien vivo para la virtud y para el trabajo, si todos los días de existencia son de prueba y de batalla, éste es día de gloria y de ventura inefable!....»

Continuando á este tenor y con este ardor religioso, llega á proclamar la proposición, que es sencillísima:

«La institución de las Escuelas Pías fué para José de Calasanz un premio y una confianza con que Dios le remuneró el inmenso amor que le tuvo.»

La confirmación se abre, cual con pórtico majestuoso, por una descripción de la época en que Dios colocó al héroe Fundador. La filosofía, las bellas artes, las ciencias, el arpa sonora del Tasso, las manos inspiradas de Miguel Angel y Rafael, los mercenarios, redentores de cautivos; los dominicos, gloria de la Teología; «la herejía puesta en derrota por la valerosa Compañía de Jesús», Juan de Dios, Camilo de Lelis, todos pasan por el lienzo del

orador con brillo y colorido, y á todos pregunta: ¿Dónde está el doctor de los párvulos?

Píntanos en seguida los arrobos místicos de amor de San José de Calasanz, que en largo soliloquio el mismo Santo, hablando con su Dios, nos descubre y patentiza, concluyendo esta primera parte con la amplificación y repetición oratoria del *Tu scis, Domine, quia amo te*. Tú sabes, Dios mío, que yo te amo.

La segunda parte tiene dos puntos: Dios habla á José de Calasanz, en una gentil y larga prosopopeya, «envolviéndole en las armonías de su voz» y descubriéndole el amor que á él le tiene, el abandono en que la sociedad dejó á la infancia «en las turbias aguas del Nilo de los vicios»; le exhorta á que tome á su cargo ser guía de esos niños, ser su Abrahán, su Moisés y su Josué; y volviéndose el mismo Dios á los reyes de la tierra, á las siniestras revoluciones, «que pretenden cambiar la faz del universo», les manda dejar ir á los niños á José. Á quien recuerda su solar español y las glorias españolas, y, por último, el propio divino ejemplo de quien fué niño y pobre y defendido por otro José.

«José de Calasanz hundió la frente en el pecho, recibió la misión de Dios», miró á los harapos niños, cual Colón la nueva tierra, y se dispone á enseñar á los niños el temor de Dios.

¡Temor de Dios! Palabra que hiere de nuevo las fibras del corazón calasancio del ferviente orador, y le arranca larga y opulenta amplificación, que concluye el panegírico, y que quiero trasladar aquí, como una prueba del estilo florido, ardiente, lírico-sagrado del P. Jiménez Campaña.

Es como sigue:

«Temor de Dios, que será la atmósfera que respiren los niños en sus aulas; temor de Dios, que surgirá de la historia, considerando que la justicia eleva las naciones (1), y el pecado se asienta, coronado rey, sobre las ruinas de los pueblos; temor de Dios que nacerá de la contemplación de las leyes y evoluciones de los astros, barruntando la grandeza de Dios, criador de los mundos y ordenador de aquellas incomparables armonías con que ruedan por el espacio infinito cantando su gloria; temor de Dios, que asaltará á la niñez, viendo cómo los filósofos, apartados de la verdad divina, discurren como dementes y como ignorantes disparatan; temor de Dios, en fin, que surgirá de los misterios de la naturaleza, que como nieblas de la ciencia la rodean y acompañan, para que se vea con meridiana luz cuán pequeña y ruin es la inteligencia humana y cuán alta é incomprensible la infinita sabiduría de Dios.

»Y este temor de Dios que, como dice San Gregorio, es el áncora del corazón, «anchora cordis est pondus timoris» (2), mantendrá á la niñez en puerto abrigado y seguro, cuando comiencen á desatarse las pasiones de la juventud y á quererse hinchar las velas de las ilusiones, para acometer empresas temerarias. Este temor de Dios será es-

(1) Prov. XIV, 34.
(2) Greg., lib. VI, Moral, cap. XXVII.

cudo y armadura templada con el temple del cielo, que vestirá la juventud en las batallas de la vida, sacándola impune y victoriosa de todos los golpes de la lujuria y de todas las acometidas de la vanidad; porque, como dice el profeta-rey, «Dios mismo se constituye en guarda y en defensa de los que le temen» (1). Este santo temor limpiará el alma de todos los otros miedos y temores, y asentará en el corazón la fortaleza, que no es otra cosa que el heroísmo cristiano, que vence en audacia y en denuedo á los guerreros de Maratón y Salamina y obscurece las hazañas fabulosas de los intrépidos argonautas.»

. . . . . .

«Y ved aquí como, al pretender bosquejar las gracias que derramará en el corazón del niño y del adolescente este temor de Dios, no he pintado otra cosa que los rasgos de la fisonomía varonil y magnánima de los caballeros españoles, los cuales fueron de temple tan cristiano y ánimo tan audaz, que ni se amilanaron por verse pocos contra tantos en el monte Auseba; ni les turbó la paz paternal para dejar de llevar á cabo el sacrificio del corazón por la honra de la Patria sobre las almenas de Tarifa; ni se adormecieron bajo la sombra de los laureles de la Alhambra, después de dar fin á la empresa ocho veces secular de la reconquista; ni fueron déspotas y tiranos en América; ni temblaron en Lepanto, como Julio César en Munda; ni se envanecieron en Trento por su sabiduría; sino que aquel soberano temor del Dios omnipotente, á quien servían, por quien entraban en batalla y eran conquistadores, legisladores y teólogos, les hizo dueños del mundo y les asentó como cristianos dominadores en el trono más alto de la tierra. «Timor Dei super omnia se superposuit.» El temor de Dios se sobrepuso sobre todas las cosas (2).

(1) Psalm. XXXIII, 12.
(2) Eccles., XXV, 13.

»Y este alto y nobilísimo fin persigue la institución calasancia.

»Amó á Dios Nuestro Señor José de Calasanz más que todos los hombres de su época, que, indiferentes en presencia de la ruina de la niñez, cerraron á ésta las puertas de su casa, cuando llamaba hambrienta de saber y desnuda de toda virtud, y á José de Calasanz sólo, y no á ninguno otro, encomendó Dios, como remuneración de su amor y confianza en sus virtudes, la institución de las Escuelas Pías para la regeneración y educación de los niños en las máximas del Evangelio y en el temor santo de Dios que es principio de sabiduría (1). «Diligis me plus his? Etiam, Domine, Tu scis quia amo Te. Dixit ei: pasce agnos meos.»

»Díjole el Señor: «¿Me amas más que los otros?» Y él »respondió: «Sí, Dios mío; Tú sabes que te amo.» Y dí»jole el Señor: «Apacienta mis corderos.»

»Sí, oh nobilísimo José de Calasanz; tú apacentaste en los valles risueños de la humanidad á los tiernos corderos de Dios; tú los sacaste de las breñas de los vicios y de los precipicios de las pasiones, dejándote á pedazos la vida generosa entre la maleza humana, más desgarradora y sin entrañas que las revueltas zarzas y espinos puntiagudos de los bosques; tú formaste una grey, á la que infundiste tu espíritu de misericordia, para perpetuar tu pensamiento en la tierra al través de los siglos: danos tu aliento á los que nos cobijamos bajo tu bandera y como tú hemos abandonado las mentidas glorias del mundo y hemos cerrado las puertas á sus efímeras ilusiones, para que no tornemos atrás los ojos, teniendo, como tenemos, la mano puesta sobre el arado de la enseñanza. Mira desde los cielos las desdichas de esta Patria, que fué la tuya, en aquellos hermosos días en que, como teníamos por cetro la fe, éramos dueños soberanos del mundo, y danos valor para poner en práctica los heroísmos que en

(1) Eccl., I, 16.

pro de la triste España tú llevarías á cabo, si ahora fueras peregrino de este destierro y viviente batallador de la milicia de la vida. Danos el espíritu de sacrificio para ser perpetua ofrenda de Dios por la niñez encomendada á nuestro celo y para que, obrando y enseñando como tú en la tierra, merezcamos la eternidad de la gloria. Amén.»